

# *La Gran Guerra y la memoria moderna*

**PAUL FUSSELL**

CON NUEVO PREFACIO DE JAY WINTER

**T**

**TURNER NOEMA**



Título:

*La Gran Guerra y la memoria moderna*

© Oxford University Press, 1975, 2000, 2013

Edición original en inglés: *The Great War and Modern Memory* .

Oxford University Press,  
1975

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2016

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición en Turner: 2006

Primera edición en esta colección: febrero de 2016

De la traducción del inglés: © Javier Alfaya, Bárbara McShane y

Javier Alfaya McShane

Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Turner Publicaciones, S.L. es el único responsable de esta traducción, hecha a partir de la edición original. Oxford University Press no tendrá responsabilidad alguna por los posibles errores, omisiones, inexactitudes o ambigüedades de esta traducción ni por los posibles perjuicios que se deriven de ellos.

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16714-64-3

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

© Imperial War Museum, Londres

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: [turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

*A la memoria del sargento especialista  
Edward Keith Hudson, ASN 36548772, Compañía F,  
410 de Infantería, muerto a mi lado en Francia  
el 15 de marzo de 1945 .*

# ÍNDICE

[Introducción, por Jay Winter](#)

[Prefacio a la edición original](#)

[I Una sátira de circunstancias](#)

[II El mundo troglodita](#)

[III Procedimientos adversos](#)

[IV Mito, ritual y leyenda](#)

[V ¡Oh, qué guerra tan literaria!](#)

[VI El teatro de guerra](#)

[VII Recursos pastoriles](#)

[VIII Los muchachos soldados](#)

[IX Persistencia y memoria](#)

[Epílogo](#)

[Lecturas recomendadas](#)

[Notas](#)

[Índice onomástico](#)

## INTRODUCCIÓN

por Jay Winter

C onocí a Paul Fussell de camino a una reunión académica en Alemania, a finales de la década de 1970. Mientras viajábamos en el coche, con destino a una reunión bajo el tema “El entusiasmo frente a la guerra en 1914”, reacción que ambos detestábamos, me di cuenta de que, cada vez que llegábamos a un cruce o pasábamos un monte, Paul escrutaba el horizonte de forma rápida y metódica. Al cabo de una hora más o menos, le pregunté qué era lo que estaba buscando. Me dijo que era un acto reflejo que no había sido capaz de suprimir desde sus días en el ejército. Cada vez que pasaba por un lugar de interés, analizaba el paisaje buscando el mejor punto donde colocar un cañón antitanque. Según me contó, su trayecto diario de vuelta a casa en Nueva Jersey, por la Route 1, le brindaba muchas oportunidades de buscar en el paisaje buenas posiciones de defensa. Y esta era, añadió, una de las cosas que aún le tenían atrapado en la batalla de las Ardenas, de donde había salido con una esquirla de metralla en el muslo y un escepticismo cósmico sobre lo arbitrario de sobrevivir a la guerra. Pero su participación en la guerra tuvo aún otra consecuencia: fue una de las razones de que se convirtiera en uno de los mejores investigadores de su generación.

Fussell fue un gran historiador, que logró encontrar la forma de convertir su conocimiento profundo y visceral de los horrores y las estupideces bélicas en una visión de có-

mo narrar la guerra. Uso deliberadamente el término "historiador", aunque Fussell dio clases de literatura durante toda su carrera académica. Lo que consiguió –no él solo, aunque su papel fue crucial– fue romper la barrera que separaba el estudio literario de la guerra y la historia cultural de la guerra. Cuando en 1975 publicó *La Gran Guerra y la memoria moderna*, dio pie a una avalancha de libros y artículos de todas clases sobre la Primera Guerra Mundial. Y contribuyó en gran medida a crear el campo en el que yo llevo cuatro décadas trabajando.

¿Y cómo lo hizo? Usando la emoción y la ira a modo de marco en su forma de entender la historia, y el entendimiento de que el lenguaje es un marco de la memoria, especialmente de los recuerdos de la guerra. La guerra, él lo sabía bien, es demasiado aterradora, demasiado caótica y arbitraria, demasiado absurda, un conjunto de sucesos e imágenes demasiado extraño para captarlo de forma directa. Necesitamos algo que nos haga de pantalla, de gafas, algo que matice un poco la visión aunque sea de forma indirecta. Sin filtros, quedaríamos cegados por su luz abrasadora. Y el lenguaje es uno de esos filtros, como también lo son la pintura, la fotografía, el cine. La imagen indeleble que Paul Fussell nos dejó en la forma de entender la guerra era que el lenguaje da forma a lo que él llamó "la memoria moderna".

Esta expresión resulta seductora en su simplicidad, pero a la vez tiene una sutileza esencial y matizada. Con ella, Fussell quería decir que, a través de sus escritos sobre la guerra, los veteranos de la Primera Guerra Mundial nos dejaron un marco narrativo que muchas veces se nos pasa por alto. Él hacía estas distinciones apoyándose en los hallazgos académicos del crítico canadiense Northrop Fry: en vez de ver la guerra como un relato épico, a la manera de Homero, donde Aquiles, el héroe, tenía más libertad de acción que nosotros, y también en vez de ver la guerra a la

manera realista, como Stendhal en *La cartuja de Parma* o Tolstói en *Guerra y paz*, novelas en las que Fabrizio o Pierre sufren la misma confusión y ejercen la misma libertad de acción que nosotros, los lectores. Los escritores de la Gran Guerra hicieron otra cosa: nos hablaron de la naturaleza irónica de la guerra, de que siempre es peor de lo que imaginamos que va a ser, de cómo atrapa al soldado –que ya no es un héroe– en un campo de fuerzas lleno de violencia desatada, un lugar donde su libertad de acción es menor que la nuestra, donde la muerte es arbitraria y está en todas partes. Lo que sucedió entre 1914 y 1918, nos dice Fussell, volvió a suceder en otras guerras posteriores, cuyos narradores se apoyaron en los dolorosos logros de los soldados escritores de la Gran Guerra. Así, hombres como Owen, Sassoon, Rosenberg o Gurney fueron centinelas, formando en la larga fila de hombres uniformados que eran tan víctimas de la guerra como los que cayeron muertos y los que murieron a su lado.

Paul Fussell tuvo su momento irónico durante la batalla de las Ardenas, cuya ferocidad y arrojo nadie había sido capaz de ver por anticipado. Cuando los alemanes lanzaron el ataque y empezaron a caer las bombas, Fussell estaba con un sargento que le había enseñado cómo ser oficial y hacerse cargo seriamente de la responsabilidad de los soldados jóvenes que tenía al mando. A este sargento se lo debía todo. “Hasta el día en que me muera –me dijo cuando nos conocimos, en Alemania–, le diré a quien quiera oírme cuánto le debo a aquel hombre”. Los dos se habían echado a tierra durante el bombardeo y, al cabo de unos instantes, solo uno se levantó. Fussell le dedica *La Gran Guerra y la memoria moderna* a este militar, cuya muerte con tanta facilidad podría haber sido la suya.

Pero Fussell sobrevivió, sintiendo siempre la fragilidad de la vida. Es lo que le sucede al hombre que vuelve a casa con dos Corazones Púrpura. Y también lo volvió intolerante

contra los civiles entusiastas con la guerra, en particular con los de la guerra del Vietnam. Una vez me dijo que había escrito *La Gran Guerra y la memoria moderna* porque estaba asqueado de las conversaciones de sus vecinos en las fiestas de Princeton (Nueva Jersey), donde vivía por entonces, sobre las bajas de aquel conflicto: no se imaginaban lo ciegos y lo obscenos que resultaban, con su vanidosa satisfacción y sus cuentas. Y recuerdo otra muestra similar de arrogancia de un civil ante las bajas. Oscar Handlin, historiador de la universidad de Harvard, dijo en público en Jerusalén, en la década de 1970, que en Vietnam solo habían muerto cincuenta mil hombres. Alguien le preguntó si en verdad no querría decir que solo habían muerto cincuenta mil hombres estadounidenses en aquel conflicto: los vietnamitas se habían caído de la faz de la Tierra. Así de poco sabemos sobre la monstruosidad de la guerra. Fussell y Handlin no hubieran sido nunca de la misma opinión.

Paul Fussell era a la vez un hombre indignado e ingenioso. Le atraían los poetas y novelistas de la Gran Guerra en Gran Bretaña, entre otras cosas porque, como él, eran narradores que decían la verdad sobre la guerra. Pero sus trabajos anteriores sobre los poetas de la época augusta, en el siglo XVIII, lo predispusieron a las delicias la ironía y a la brutalidad de las palabras cuando se usan con toda su utilidad contra los crueles amos del mundo. Sus trabajos posteriores como crítico de la vida cultural estadounidense le deben tanto a Swift y a Dryden como a los poetas de la guerra de 1914.

Este gran libro de Fussell sobre la Gran Guerra apareció un año antes que otro estudio rompedor, *El rostro de la batalla*, [1](#) del ya fallecido sir John Keegan, que entonces era un joven historiador que daba clases en Sandhurst. Ambos escritores se alejaron de los caminos de la historia oficial o nostálgica, la que dominaba lo publicado hasta que llegaron ellos, y nos ayudaron a entender el universo mental del

hombre que lucha. Y con ello movieron todo el campo en una dirección trágica, una dirección en la que todos los soldados eran a la vez causantes y víctimas de la guerra. Keegan se hacía una pregunta muy simple: ¿cómo es posible que suceda una batalla, cuando es algo tan aterrador? Y su respuesta es que no siempre resulta posible, y en que hacia julio de 1916, durante la batalla del Somme, ya era evidente que a cientos de miles de hombres se les había llevado más allá de los límites de la resistencia humana. En Agincourt, los hombres podían irse corriendo al campo vecino para escapar de los horrores del combate; en Waterloo, podían retrasarse. Pero, ¿qué podían hacer en el Somme, o en Verdún, atrapados en un gran campo de la muerte del que no había escapatoria posible, y con una densidad de objetos mortales volando a su alrededor nunca vista en el mundo? *La Gran Guerra y la memoria moderna* es el relato imperecedero de Paul Fussell sobre el recuerdo literario de ese momento de la Gran Guerra, cuando la industrialización cambió el carácter y la capacidad mortífera de la guerra, cuando se convirtió en algo monstruoso, y cuando esa monstruosidad engendró un legado literario que ha permanecido hasta hoy.

Por supuesto, la tesis de Fussell tiene sus limitaciones. Es anglocéntrica, y su canon de poetas y novelistas bélicos resulta arbitrario. Fussell, según parece, no captó la melodía del gran escritor bélico galés David Jones. Los escritores de Fussell son casi todos oficiales, originarios de Londres, de las grandes fincas en el campo, de los internados de élite y las universidades de Oxford y Cambridge que correspondían a su clase social. Ocupaban con aplomo y sin esfuerzo las posiciones de poder en la nación imperial dominante de su época. Pero muchos no llegaron a hacerlo: casi un millón de hombres murieron en el ejército británico o de sus posesiones durante la guerra. Esta catástrofe fue el principio del fin de un siglo de hegemonía británica, un tiempo que en que, como decía el poeta Ted Hughes, Gran Bretaña sufrió

una derrota aplastante y luego alguien le colgó al cuello la medalla de ganador.

Hay otras memorias de guerra junto a la memoria moderna de Fussell. Entre las memorias de las mujeres hay más que las de las enfermeras o las madres de los hombres uniformados. Samuel Hynes, un estudioso de la literatura (y veterano tanto de la Segunda Guerra Mundial como de la guerra de Corea) escribió un libro muy elocuente, *The Soldier's Tale* [El relato del soldado], donde apuntaba la tesis de que la literatura bélica es un corpus literario escrito por hombres, sobre hombres, y destinado en su gran mayoría a ser leído por otros hombres. Las enfermeras estuvieron a punto de entrar en el canon, gracias a su contacto con los cuerpos masculinos y a su conocimiento directo del sufrimiento, pero hasta esa excepción sirve para reforzar el sesgo de género de esta interpretación, que otros investigadores después han venido a corregir.

“La memoria moderna” es una expresión muy amplia para designar los escritos de un grupo de hombres extraídos en su mayoría de un fragmento muy reducido de la clase media inglesa. Hay excepciones, como el escritor Isaac Rosenberg, judío y de clase obrera, pero quienes criticaron a Fussell por dejar fuera a los hombres del pelotón se equivocan. El tipo de ironía sobre el que escribió tuvo muchas encarnaciones distintas, y no todas poéticas. Se hallaba en el alma de las canciones de los soldados y de las diversiones de *music-hall* que los soldados rasos llevaron a la guerra. ¿Qué otra cosa es esa afición a vestirse de mujer, que tanto gusta a las Fuerzas Expedicionarias Británicas, sino una visión irónica de la masculinidad en guerra? La ironía es una casa hecha de muchas mansiones, y hay pocos argumentos para dudar de que todos los que vistieron uniforme en la Gran Guerra tenían su propia interpretación del término.

Además, existen otras facetas de la historia cultural bélica que no se pueden subsumir sin más bajo la rúbrica de “la memoria moderna” tal como Fussell la entendía. El color de la memoria, como ha dicho el investigador de la literatura Santanu Das no hace mucho, no siempre es blanco. Y cuando el mundo estaba de luto florecieron los lenguajes antiguos, religiosos, románticos y clásicos, brindándoles a quienes habían visto aplastadas o truncadas su vida, su familia y sus esperanzas una forma de entender ese mundo brutal en el que vivían. Yo escribí sobre estos otros lenguajes en *Sites of Memory, Sites of Mourning: the Great War in European Cultural History* [Lugares de memoria, lugares de duelo: la Gran Guerra en la historia cultural europea], y me tomé una copa con Paul cuando se publicó para celebrar la compatibilidad de nuestras distintas formas de mirar la guerra, y la necesidad de seguir visitando el terreno de la memoria y el Frente Occidental, de donde proviene una parte tan importante de nuestro conocimiento de ese siglo catastrófico.

A quienes estudian la literatura bélica de los países continentales la interpretación de Fussell les parece enigmática, a la vez sorprendente e insatisfactoria, como las comedias británicas. ¿Es que “la memoria moderna” es una respuesta específicamente inglesa a la guerra? Probablemente no. Pensemos en la ironía del título de la obra *La guerre de Troie n'aura pas lieu* –que en inglés, increíblemente, se tradujo con el título *Un tigre a las puertas* –, escrita por Jean Giraudoux [2](#), soldado francés en la Gran Guerra y diplomático de profesión. Como intento de título, “La guerra de Troya no tendrá lugar” funcionaría mejor, un título que es puro Fussell, porque solo la conocemos como guerra de Troya dado que en efecto tuvo lugar. El título de Giraudoux, por tanto, es una imposibilidad. ¿Y hay ironía en la novela de Remarque *Sin novedad en el frente*? Sí y no, ya que el personaje principal cae muerto un día en que no sucedía nada, un día realmente “sin novedad”. De igual for-

ma, cuando Fussell afirma que la literatura bélica inglesa se asentaba en la frontera entre los modos narrativos irónico y realista, al tiempo que retrocedía hacia la épica, lo que hace es capturar elementos de otra gran narrativa bélica, desde *El fuego (diario de una escuadra)* de Henri Barbusse hasta *Las aventuras del valeroso soldado Schwejk*, de Hasek, y hasta el *Adiós a las armas* de Hemingway. Cada nación de las que combatieron en la Gran Guerra produjo una narrativa bélica a su imagen, cada una con su propio registro irónico y sus inflexiones, dando eco a las consecuencias a la vez políticas y culturales del conflicto. Y sin embargo, a pesar de todo, hay algo a la vez universal y particular que Fussell capta en este gran libro. En el nivel más básico, es la naturaleza elegíaca de su relato, su recreación del mundo interno de los soldados en las trincheras, lo que le da al libro su potencia inmortal. Pero al mismo tiempo, cualquiera que lea *La Gran Guerra y la memoria moderna* verá que el autor ha captado algo crucial del impacto de la guerra en el mundo anglosajón. Fussell nos muestra con elegancia e indignación cómo la guerra invadió el idioma inglés, que ha pasado de generación en generación a través del Día del Armisticio, los exámenes escolares, las comedias, las series de televisión, las películas y las canciones. Nos ha mostrado que el idioma –el idioma inglés, en este caso– da forma a la memoria, a nuestra memoria de la guerra, la Gran Guerra, que ahora cumple un siglo pero aún está muy viva.

## PREFACIO A LA EDICIÓN ORIGINAL

**E**l tema de este libro es la experiencia británica en el frente occidental desde 1914 hasta 1918 y las diversas formas de expresión literaria en que ha sido recordado, vulgarizado y mitologizado. Trata también de las dimensiones literarias de la experiencia de las trincheras en sí mismas. Si el libro tuviera que tener un subtítulo sería más o menos el de "Una investigación acerca de la curiosa literaturalización de la vida real". Me he centrado en lugares y situaciones en las que la tradición literaria y la vida real se entrecruzan de manera notable, y haciéndolo, he intentado comprender una parte del simultáneo y recíproco proceso mediante el cual la vida alimenta a la literatura con materiales mientras que la literatura devuelve ese favor traspasando aquellas formas a la vida. Y me ha interesado también la manera en que la dinámica y la iconografía de la Gran Guerra han demostrado ser determinantes política, retórica y artísticamente en la vida posterior. Al mismo tiempo que la guerra dependía de mitos heredados, generó nuevos mitos, mitos que forman parte de la fibra de nuestras propias vidas.

Cuando sugiero las formas de esos mitos he intentado situarlos en sus contextos, tanto reales como literarios, en los casos de los escritores que han recordado con mayor eficacia la Gran Guerra como experiencia histórica, con más imaginación y sentido artístico. Esos escritores son memorialistas clásicos como Siegfried Sassoon, Robert Graves y Edmund Blunden. Me ocupo también de poetas de muy

elevada conciencia literaria, como David Jones, Isaac Rosenberg y, por supuesto, Wilfred Owen. Y para saber lo que el hombre común dijo de todo aquello, he comparado las numerosas memorias de no profesionales que se encuentran en las colecciones del Imperial War Museum.

Sea o no correcta, la idea actual de “la Gran Guerra” se deriva principalmente de imágenes de las trincheras de Francia y de Bélgica. Me he centrado en la intervención de la infantería británica en esos lugares, dejando de lado los hechos que se produjeron en Mesopotamia, Turquía, África e Irlanda, y pasando por alto también la guerra en el aire y en el mar. Al limitar mi campo de observación, espero haber ahondado en la investigación de lo que algún “medievalista” futuro podría llamar “La cuestión de Flandes y de Picardía”.

Mi trabajo en este libro ha sido facilitado por la amabilidad de tres instituciones. Quiero expresar de nuevo mi agradecimiento a The Research Council de la Universidad de Rutgers, de manera especial al amable y atento director asociado, C. F. Main, que además leyó las pruebas. Estoy en deuda con la National Endowment for the Humanities por una Senior Fellowship durante el curso académico de 1973-1974. Y tengo una gran deuda con el Imperial War Museum y con su cortés directiva, especialmente con D. G. Lance, responsable de sus bibliotecas y archivos, y con Roderick Suddaby, director de la sección de documentos. Aunque en ocasiones no haya estado de acuerdo con algunos de sus descubrimientos, nunca hubiera escrito este libro sin *Heroes' Twilight*, de Bernard Bergonzi; *English Poetry of the First World War*, de John H. Johnston; y *An Adequate Response*, de Arthur E. Lane. Cualquier investigador de estos asuntos es afortunado por tener semejantes predecesores. También es afortunado por tener como guía general *History of the First World War* [Historia de la Primera Guerra Mundial], del admirable B. H. Liddell Hart, príncipe